

CAPITULO XV.

LOS BAUTISTAS EN INGLATERRA DURANTE EL PERÍODO DE LA REFORMA

Enrique VIII. El período de la Reforma fue bastante largo en Inglaterra. Comenzó con Enrique VIII y no terminó sino hasta la llegada del Parlamento Largo que decretó la decapitación de Carlos I. Durante este tiempo fueron definidos el credo, la liturgia y las prácticas de la Iglesia de Inglaterra.

Enrique VIII (1509-1547) arribó al trono de Inglaterra bajo las circunstancias más favorables posibles. Él era joven, cultivado, brillante, y dotado de tantas cualidades mentales y sociales que generaron una gran esperanza en la nación, y un gran optimismo para el futuro. Él tuvo una espléndida ceremonia de coronación, pues su padre había dejado los recursos suficientes para complacer su pasión por la opulencia. Enrique se casó con la esposa de su difunto hermano, Catalina de España, después de una repudiación solemne de la legitimidad del anterior contrato. Éste fue el inicio de sus problemas y la causa de sus interminables disputas con la Iglesia Católica Romana; podría decirse correctamente que esto fue lo que causó la ruptura, y la separación final, de la iglesia de Roma e Inglaterra.

El odio del rey. A pesar de que Enrique VIII odiaba con pasión al grupo que representaba al papado, después de que rompió su relación con el Papa, él odiaba más a los Bautistas, y odiaba tanto a los de casa como a los del extranjero. Ni las amenazas ni los engaños habían impedido el crecimiento de los Bautistas en Inglaterra. Tal como los Israelitas en Egipto, "mientras más afligidos eran, más crecían".

La historia de los Bautistas en Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII fue escrita con sangre. Apenas acababa de ascender al trono cuando inició los procedimientos en contra de ellos, y los persiguió hasta la muerte.

La Persecución de los Bautistas. El principal promotor del rey en estas persecuciones era William Warham, el Arzobispo de Canterbury. Ante él apareció, en la Mansión de Knoll, en Mayo 2, 1511, un numeroso grupo de personas. "Luego, yo digo", dice Crosby, "que siendo evidente que estas personas se oponían al bautismo infantil en aquellos tiempos; es dable decir que el surgimiento de los Bautistas no es de fecha tan tardía como algunos quisieran que fuera" (**Crosby, The History of the Baptists, I, 30**). A estos se les demandó que renunciaran a los siguientes artículos, que ellos sostenían:

1. Que en el sacramento del altar no se encuentra el cuerpo de Cristo, sino pan real.
2. Que el sacramento del bautismo y el de la confirmación no son necesarios ni provechosos para el bienestar del alma humana.
3. Que la confesión de pecados no debe ser hecha ante un sacerdote.
4. Que Dios no

ha dado más poder a un sacerdote que a un laico. 5. Que hacer del matrimonio un sacramento (mediante la intervención solemne de un sacerdote) no era ni provechosa ni necesaria para el bienestar del alma humana. 6. Que el sacramento de la extremaunción no es ni necesario ni provechosos para el alma humana. 7. Que el hacer peregrinación a los 'lugares santos' no era ni provechoso ni necesario para el alma humana. 8. Que las imágenes de los santos no deben ser adoradas. 9. Que el hombre debe dirigir sus oraciones a Dios, no a los santos. 10. Que el agua bendita, y el pan de la comunión, no eran mejores después de haber sido bendecidos por un sacerdote, que antes (**Burnet, History of the Reformation of the Church of England, I. 27**).

Alice Grevill. Simon Fish. Todos los comparecientes fueron castigados. Alice Grevill, quien había sido bautista por veintiocho años, fue condenado a muerte. Simon Fish y James Bainham pertenecían, en 1525, a una iglesia bautista ubicada en Bow Lane. Fish era un teólogo y escritor. Habiendo sido educado en Oxford, vino a Londres e ingresó al Gray's Inn alrededor de 1535. Fue denunciado como un hereje irredimible y en 1531 murió víctima de la plaga. Su esposa, de quien se sospechaba era también hereje, se casó con Bainham, quien fue quemado en la hoguera por hereje en 1532. Bainham era un abogado altamente estimado, y Burnet dice "que él era un gran ejemplo de verdadera generosidad para la época en la que vivió". Éste es un testimonio destacado, viniendo de un Obispo de la Iglesia de Inglaterra. En su interrogatorio, Bainham declaró que "la verdad de las Sagradas Escrituras no había sido enseñada ni expuesta tan claramente en los anteriores ochocientos años, como lo fue en los últimos seis años". Él exigía que sólo los creyentes fueran bautizados en su iglesia (**Fox, Book of Martyrs, II, 329 y 330**). Entonces, en 1525 había en Londres una iglesia bautista debidamente organizada y que practicaba sólo la inmersión de creyentes. Bainham murió en la hoguera, como un guerrero victorioso, en abril 20, 1532, en Smithfield.

Las leyes en contra de los herejes fueron endurecidas en el período de 1534-1535. Oficiales ingleses en el extranjero enviaron cartas de lo más alarmantes a Inglaterra, con relación a la insubordinación de los Anabautistas en el continente. Enrique VIII estaba ya muy interesado en la exterminación de los Bautistas, y su celo se extendió a tierras extranjeras. Él ayudó a Alemania en la exterminación de los Bautistas (**Gardiner, Letters and Papers of Henry VIII, VII, 167**).

Proclamación Real en contra de los extranjeros. Pero el interés del rey no se limitaba a Alemania. En el mismo año fue publicada una proclamación real en la que se decía que estaban llegando muchos extranjeros a Inglaterra quienes, aunque habían sido bautizados en su infancia, habían mostrado una total falta de respeto al sacramento y se habían sujetado a un nuevo bautismo ya como adultos. Se les ordenaba salir de los límites nacionales en los siguientes doce días, bajo pena de muerte" (**Wilkins, Concilia, III, 779**). Ellos no retornaron al

Continente sino que siguieron bajo inspección real (**Cottonian MSS, Titus B. I. vol. 415**).

Esta ley pronto entró en vigor. La antigua Crónica de Store, de 1533, hace la siguiente narración:

La venida de los Holandeses. Los Bautistas condenados a la muerte en la hoguera a causa de sus creencias. El 25 de mayo fueron examinados –en la Iglesia de San Pablo, en Londres—diecinueve hombres y seis mujeres, nacidos en Holanda, quienes sostenían las siguientes creencias: Primero. Que Cristo Jesús tiene una doble naturaleza, divina y humana. Segundo. Que Cristo Jesús no tomó ni sangre ni carne de su madre María. Tercero. Que los hijos nacidos de personas no creyentes, pueden ser salvos. Cuarto. Que el bautismo de infantes no tiene efecto positivo alguno. Quinto. Que el pan que se usa en el sacramento de la comunión es sólo pan. Sexto. Que quien peca voluntariamente después de haber sido bautizado, peca para muerte y no puede ser salvo. Catorce de ellos fueron condenados. Un hombre y una mujer fueron quemados vivos en Smithfield; los otros doce fueron enviados a otras poblaciones para sufrir la misma pena.

Froude. Este brillante historiador inglés rindió un hermoso tributo a la fidelidad de estos creyentes, diciendo:

Los detalles se han perdido. Los nombres han sido olvidados. No eran sino unos pobres holandeses; eso era todo. El evento parece no ser digno de ser mencionado, pues apenas si se le ha dado un párrafo en alguna publicación. Europa no se agitó por lo acontecido a ellos. Ninguna corte se puso de luto. El corazón del papa no tembló de indignación. El mundo atestiguó su muerte de una manera indiferente, complaciente y aún jubilosa. No obstante, aquí, de veinticinco pobres hombres y mujeres, se encontraron catorce a quienes ni la amenaza de la estaca o el terror de la tortura pudieron convencer para que dijeran que creían lo que no creían. La historia no tiene palabras de alabanza para ellos. No obstante, ellos no estaban dando su vida en vano. Sus vidas quizás hayan sido tan poco valiosas como la de cualquiera de nosotros. Pero a través de su muerte, pagaron parte del precio de la libertad de Inglaterra (**Froude, History of England, II. 385**).

Una reacción singular. La muerte de estos Bautistas en la hoguera provocó una profunda reacción. La correspondencia a nivel de las altas cortes se incrementó por toda Europa. Quien no ha estudiado el tema a la luz de hechos recientemente revelados no puede apreciar el lugar tan importante que ocupaban los Bautistas en la mente del público en el siglo XVI. Pero las ejecuciones en la hoguera continuaron hasta el fin del reinado de este rey.

Las víctimas murieron grandemente fortalecidas. De ellos, Latimer dice:

Los Anabautistas que murieron en la hoguera en diversas poblaciones de Inglaterra, según he escuchado de hombres dignos de todo crédito, pues yo no fui testigo de esto personalmente, fueron a su muerte en forma intrépida, uno casi podría decir, sin temor alguno por su destino terrenal, incluso con alegría. Bien, pues que así sea (**Latimer, Sermones, I. 143**).

Los Bautistas se incrementaban diariamente. El "Landgrave of Hesse", al examinar a ciertos Bautistas en Alemania, encontró en su poder cartas relacionadas con Inglaterra. Las cartas declaraban que "los errores de esta secta se incrementan diariamente" en Inglaterra". Él escribió una violenta carta a Enrique VIII y le advirtió acerca de los Anabautistas. En octubre de 1538, el rey nombró una comisión presidida por Thomas Cranmer, el Arzobispo de Canterbury, apoyado por otras distinguidas personalidades, para perseguir a los Anabautistas.

El resultado fue que los libros de los Bautistas eran quemados al momento de ser encontrados, estuvieren donde estuvieren. En noviembre 16, 1538, el rey emitió una proclamación con el propósito de que "nadie vendiera o imprimiera ningún libro de las Escrituras, sin la supervisión del rey, de alguno de los consejeros, o de algún obispo. Los Sacramentarios, Anabautistas, y otros similares quienes vendan libros con doctrinas falsas, han de ser denunciados al rey o al Concilio Privado (**Titus MSS, B. I, 527**)". Todos los extranjeros que hubieran sido 'rebautizados' en su edad adulta fueron expulsados del reino, y algunos Bautistas fueron quemados en la hoguera.

Sus números. Un lector reflexivo seguramente se ha preguntado con frecuencia 'cuántos Bautistas había en Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII. Esta pregunta sólo puede ser respondida con cifras aproximadas. Probablemente había más Bautistas en Inglaterra durante el período que hemos estado comentando que los que había en los Estados Unidos al inicio de la Guerra Civil. Ammonius escribe a Erasmus, en noviembre 8 de 1531, y le habla acerca de la gran cantidad de Anabautistas en Inglaterra en esa fecha. Dice, "Es asombroso que, siendo la madera tan escasa y tan cara, los herejes produzcan tantos holocaustos; no obstante, sus números se siguen incrementando" (**Brewer, Letters and Papers of Henry VIII, I. 285**). Erasmus contestó a Ammonius diciéndole que "tenía razón de estar tan enojado con los herejes por provocar el aumento en el precio de la madera, combustible que iba a ser muy necesario en el siguiente invierno" (**Ibid, 997**). Este comentario, si no hubiera sido trágico, habría sido cómico.

Sus iglesias. Se consideraba una gran hazaña descubrir y desintegrar "un nido de víboras", como eran llamadas sus iglesias. Erasmus, en febrero 28, 1528, escribió a Moore: "La herejía de los Anabautistas está mucho más extendida de lo que uno sospecha" (**Brewer, Letters and Papers of Henry VIII, IV, pt, ii. 1771**). El obispo de Faenza, en junio 8 de 1535, escribió a un tal M. Ambrosio diciéndole que los Anabautistas estaban ya firmemente establecidos en

Inglaterra" (**Gardiner, Letters and Papers of Henry VIII, IX, 344**). Hacket, un oficial inglés, menciona el número 6,000, refiriéndose a los Anabautistas, número que se incrementa diariamente. Él dice:

(Habiéndose) dicho que la justicia del rey, y sus buenas intenciones para con sus súbditos protegerían al reino de toda adversidad, él se asombraba que aquellos cuya vista era lo bastante buena como para ver las hogueras que ardían ante sus propias puertas, y la conmoción que provoca el re-bautismo de estos, que ahora llegan a los 6,000, y se incrementan diariamente (**Brewer, Henry VIII, VII, 136**).

En una ciudad había más de 500 Bautistas. Latimer, quien era un contemporáneo, dice de sus números:

Debí haberte dicho acerca de una cierta secta de herejes (el margen dice que se trataba de los Anabautistas) que hablan en contra de su orden y doctrina; ellos no tienen ni jueces ni magistrados en la tierra. Aquí tengo que decirte lo que he escuchado últimamente, de parte de de un hombre devoto y digno de crédito, que hay una ciudad en Inglaterra en la cual hay más de quinientos herejes de esta equivocada opinión (**Latimer, Sermones, V. 151. Parker Society**).

En septiembre 1, 1538, Peter Taschius dijo: "En Inglaterra la verdad es propagada en forma silenciosa pero constante, y cada día crece poderosamente" (**Corp. Of the Reformation, III, 580**).

La Inmersión. La inmersión era la regla universal del bautismo durante el reinado de Enrique VIII. Hay dos elaborados rituales de la Iglesia de Inglaterra en este período. Uno de ellos es conocido como "*Una Declaración de la Ceremonia del Sacramento del Bautismo*", con fecha de 1537. La otra es "*La Liturgia de Saulsbury*", de 1541. Esta última es considerada por algunos como la más sagrada Liturgia de la Iglesia de Inglaterra. Ambas liturgias imponen la inmersión. Erasmus, escribiendo desde Inglaterra en 1532, habla acerca de la práctica inglesa. Dice: "Nosotros sumergimos a los niños completamente en agua fría, en una fuente de piedra". Todos y cada uno de los monarcas del siglo XVI fueron bautizados por inmersión. Enrique VIII y su hermano mayor, Arturo, Elizabeth en 1533 y Eduardo VI en 1537, todos ellos fueron bautizados por inmersión.

La Suma de las Sagradas Escrituras. La Inmersión entre los Bautistas. La forma del bautismo entre los Bautistas era igualmente clara. Simon Fish fue obligado a huir más allá de los mares, y mientras estaba en exilio tradujo el viejo libro de los Bautistas, *La Suma de las Sagradas Escrituras*. Este viejo texto holandés requería la inmersión de los creyentes y rechazaba el bautismo infantil. Fue publicado en Inglaterra en 1529. Muchas ediciones de este libro aparecieron en Inglaterra durante los siguientes cincuenta años (**Fish, The Suma of Holy Scripture. British Museum, C. 37 a. Arber proper dialogues in Rede me and not Wroth. English Reprints, 1871**), y llegó a ser el texto favorito de los Bautistas

justo después del Nuevo Testamento. Hay copias de dos ediciones en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge. Todas estas ediciones hablan con absoluta claridad en contra del bautismo infantil, y a favor de la inmersión de los creyentes, como la única forma de un bautismo válido. El libro fue publicado en forma secreta, dada la gran hostilidad del momento, y fue condenado por los decretos de los concilios, aunque circuló persistentemente entre los Bautistas (**Ex. Reg. Warham, 188**).

Fuller. El pintoresco y estrafalario historiador de la Iglesia, Fuller, tratando de explicar la razón de la venida de tantos Bautistas holandeses a Inglaterra, menciona también algo acerca de sus doctrinas, de su práctica de la inmersión, y de sus actividades. Él dice:

Habiéndose formado una pareja, gracias a los inventos de Lord Cromwell, entre el Rey Enrique VIII y Lady Anne de Cleves, los holandeses fluyeron hacia Inglaterra en números mucho mayores que antes. Muchos de ellos eran almas activas, de tal forma que mientras sus manos estaban ocupadas con sus manufacturas, sus mentes estaban ponderando conceptos de carácter divino. De ahí que ellos tenían conceptos muy primitivos, siendo demasiado ignorantes para dirigirse a sí mismos, y demasiado orgullosos para buscar la instrucción de otros. Sus mentes tenían un nivel de actividad más que suficiente para motivar su vocación, y este desperdicio de sus almas lo empleaban en interminables especulaciones, y poco después comenzaron a mostrar sus extrañas opiniones, siendo denominados, en lo general, como "Donatistas vueltos a bautizar", y es en este año en el que su nombre comienza a aparecer en las crónicas inglesas, etc. (**Fuller, Church History of Britain, II, 27**).

Los Donatistas. Fuller estaba equivocado al declarar que estos fueron los primeros Anabautistas en aparecer en Inglaterra. En lo que sí estaba acertado era en señalar que ellos practicaban la inmersión de los creyentes como la forma correcta del bautismo. La expresión, "Donatistas vueltos a bautizar", revela que los Bautistas practicaban la inmersión. No puede haber otra interpretación aceptable a esa declaración. Fuller nació en 1609 y escribió su historia en 1654. Él fue testigo presencial de mucho de las muchas persecuciones que sufrieron los Bautistas, por lo que su testimonio es particularmente valioso.

Hay otro escritor que vivió cerca de donde vivió Fuller, y publicó un libro un año después de la aparición de la historia de Fuller. Él es el autor del libro titulado "*Los Anabautistas Expuestos*". Él también hace una referencia a los Donatistas en relación con los Bautistas. De hecho, Donatista parece haber sido un nombre a través del cual los Bautistas eran conocidos. Lo que Fuller menciona a través de una figura de lenguaje, este autor lo expresa de una manera perfectamente clara. Él dice:

Los Anabautistas no sólo rechazan el bautismo infantil, como lo hacen los Pelagianos y los Donatistas de antaño, sino que también afirman que la inmersión total del cuerpo bajo el agua es tan necesaria que, sin ella, nadie había sido verdaderamente bautizado (como se ha dicho) **(Los Anabautistas Expuestos, 171-172).**

Featley. Daniel Featley, Doctor en Divinidades, oponente de los Bautistas, quien nació en 1582, también declara que los Bautistas, durante el reinado de Enrique VIII, practicaban la inmersión como forma de bautismo. Dice:

Que en el pecado lleven la penitencia; así como esos sectarios se fueron arrastrando uno a uno hacia sus errores, que ahora se arrastren uno a uno en su caída. Y al sepultarse espiritualmente, como lo prefiguran en su bautismo, profanando así el santo sacramento, que sean sepultados también en forma definitiva. En el año de nuestro Señor, 1539, dos Anabautistas fueron quemados en la hoguera, más allá de Southwark **(Featley, Los rebautizados sepultados.)**

Se habrá notado que Fuller dijo que estos Bautistas eran de Cleves, donde estos eran numerosos en 1534 **(Keller Preussische Jahrbucher, September 1882).** Los Bautistas de esta Ducado practicaban la inmersión en agua **(Rembert, Die Wiedertauffer in Hexogtum, 253).**

La práctica de la inmersión era universal en el reinado de Enrique VIII. Era la forma utilizada por todos los grupos y no se conoce testimonio alguno en contrario. La Iglesia de Inglaterra practicaba la inmersión. Los Católicos practicaban la inmersión. Y los Bautistas practicaban la inmersión.

Eduardo VI. En el reinado de Eduardo VI (1547-1553), las leyes en contra de los Bautistas fueron aplicadas firmemente, y las dos personas que murieron en la hoguera durante este período eran Bautistas. Otros estaban seguros, tenían la protección de las leyes, inclusive algunos criminales fueron perdonados; pero ser Bautista era un crimen imperdonable. Este excelente gobernante, capaz de una misericordia asombrosa, aplicó a los Bautistas una crueldad que hacía pensar en la conducta de una bestia salvaje.

Los Bautistas crecen en número. Por esa época, a los Bautistas se les encontraba por todas partes; se les encontraba en las cortes, así como entre la gente del pueblo; en las ciudades así como en el campo. El Obispo Burnet dice, "Había muchos Anabautistas en muchas partes de Inglaterra" **(Burnet, History of the Reformation, II, 110).** Heylyn dice: "Y los Anabautistas, que se habían mostrado reservados y aislados hasta estas fechas, comenzaron a mirar al exterior" **(Heylyn History of the Reformation, I. 152).** El Obispo Fowler Short dice: Se habían presentado quejas en contra de los Anabautistas a nivel del Concilio... para verificar el avance de estas opiniones, fue nombrada una

Comisión" (**Short, History of the Church of England, VI, 543**). Todas estas referencias eran con relación a los Bautistas esparcidos fuera de las áreas urbanas.

En Londres. En Londres, los Bautistas eran muy numerosos. El Obispo John Hooper escribió a Henry Bullinger, en junio 25, 1549, y le dijo: "Los Anabautistas fluyen a este lugar (Londres) y me causan todo tipo de problemas" (Ellis, *Original Letters Relative to the English Reformation*, I, 65). En 1550, Ridley era el Obispo de Londres. Entre "*los asuntos que han de ser investigados*", a principios de junio, a los sacerdotes se les ordenó investigar y establecer con toda claridad:

Si alguno habla en contra del bautismo infantil. Si alguno de los de la secta Anabautista, o de cualquiera otra, hacen uso en forma notoria o ilegal de lugares privados para las reuniones (de sus iglesias), si alguno predica doctrinas o administra sacramentos que difieren de los practicados por el resto de las parroquias, separándose así del resto de nosotros. (**British Museum C. 53 aa 11**).

La anterior es un reconocimiento oficial de que había iglesias que se reunían secreta e ilegalmente en Londres. Algunas de estas iglesias eran "notorias" mientras que otras eran más "privadas". Estas iglesias "predicaban doctrinas y administraban los sacramentos", es decir, bautizaban y observaban la Cena del Señor, y al hacerlo así se encontraban realmente separadas del resto de las iglesias de la parroquia. Ésta es otra manera de decir que había iglesias Bautistas completamente organizadas y funcionando en Londres en el año de 1550.

En Kent y por todas partes. La información acerca de que había iglesias Bautistas en Kent, también está confirmada. El Obispo John Hooper, en junio 26 de 1550, escribe con elación a este distrito, y dice lo siguiente: "Ese distrito está atribulado con el desvarío de los Anabautistas más que ninguna otra parte del reino" (**Ellis, Original Letters, I, 87**). Strype dijo que, "había iglesias de ese tipo en Kent" (**Strype, Memorials, II, 266**). Tales congregaciones se encontraban en Feversham, Maidstone y Eythorne.

Los Bautistas de Kent tenían un buen número de ministros eminentes, como el Pastor Cole, de Feversham. Otro, Henry Hart, había comenzado a predicar durante el reinado de Enrique VIII. Él era estricto y separado en su vida, pero en la expresión de sus opiniones era muy fogoso. Humphrey Middleton era otro más. Cuando lo tomaron prisionero, Middleton le dijo al Obispo: "Bien, Reverendo señor, dicte la sentencia que usted crea que merecemos nosotros; pero para que luego no vaya a decir que no fue advertido, yo le digo que usted será el próximo". En efecto, sucedió que cuando Middleton fue liberado, el obispo fue encarcelado. Otro predicador destacado en Kent era John Kemp, "un

recocado predicador viajero, quien iba por todas partes instruyendo y confirmando a los creyentes” (**Strype, Annals of the Reformation, II, II, 284**).

En Essex. Hay mucha y muy importante información con relación a las iglesias Bautistas en Essex (**Strype, Memorials Ecclesiastical, II, i, 369**). Había una iglesia bautista organizada en Bocking (**Strype, Memorials of Archbishop Cranmer, I, 334. También véase Lansdowne MSS, 930, 95**). El libro La Iglesia de Bocking-Braintree, que aún existe, presenta los archivos auténticos de esta iglesia por más de doscientos años; pero no hay la menor duda de que esta iglesia existía desde los tiempos del reinado de Eduardo VI” (**Goadby, Bye Paths in Baptist History, 26-28**). John Verón, escribiendo a Sir John Gates, en 1551, dice:

Pues en Essex, en el que los Anabautistas y libertinos abundan, trabajan intensamente entre las personas simple e ignorantes a fin de incitarlos a manifestarse y a rebelarse en contra de los magistrados y de los gobernantes de esta tierra. A quienes confío que, una vez que tú los conozcas, estés dispuesto a extirparlos de esta tierra, para bien y tranquilidad de los súbditos reales de esa región (**Traces on the Liberty of Consciente, cx**).

Bautistas son llevados a la hoguera. Sólo dos creyentes Bautistas fueron quemados en la hoguera durante el reinado de Eduardo VI. Burnet dice que había dos clases de Anabautistas en el país. Dice él:

Para la otra clase de Anabautistas, quienes solamente rechazan el bautismo infantil, yo no encuentro gran severidad ejercida en su contra, excepto dos libros que fueron escritos para combatirlos, a los cuales ellos también escribieron y publicaron sus propias respuestas (**Burnet, History of the Reformation, II, 112**).

Juan Calvino. La influencia de Juan Calvino se había comenzado a sentir en los asuntos de Inglaterra. Sus libros habían aparecido traducidos al Inglés. Él fue responsable, en gran manera, por el odio demoníaco y la fiera hostilidad que tuvieron que confrontar los Bautistas en Inglaterra. Él dijo que “tanto los Anabautistas como los reaccionarios debían ser ejecutados” (**Froude, History of England, V, 99**). Él escribió una carta al Señor Protector Somerset, cuya traducción probablemente fue hecha por el Arzobispo Cranmer (**Calvin al Protector, MSS, Domestic Eduardo VI, V, 1548**), diciéndole: Estos (Anabautistas y reaccionarios) merecen por igual ser castigados a espada, siendo que conspiran en contra de Dios, quien lo ha ubicado a usted en su silla real”.

Joan de Kent. La primera en ser quemada durante el reinado de Eduardo VI fue Joan de Kent, quien probablemente era miembro de la iglesia de Eythorne (**Evans, The History of the English Baptists, I, 72, nota**). Ella era una mujer piadosa y muy valiosa, y una gran lectora de las Escrituras. Fue arrestada en el año de 1548 bajo el cargo de herejía, y fue llevada a la hoguera en abril 30 del año siguiente.

El otro mártir Bautista de este período fue George van Pare. Él era un cirujano de profesión que no hablaba inglés, y tuvo que defenderse a través de un intérprete. De su muerte, Burnet dice:

Él sufrió con gran firmeza de mente, y besó el tronco en el que sería atado, y los montones de leña apilados para quemarlo. Acerca de este van Pare he encontrado a un escritor papista que dice que era un hombre que llevaba una vida estricta y admirable; que solía comer no más de una vez cada dos días, y que antes de comer, a veces yacía postrado en el suelo en devoción **(Burnet, History of the Reformation II, i, 112)**.

La práctica de la inmersión. Durante el reinado de Enrique VIII todos los grupos religiosos practicaban la inmersión en agua, como forma de bautismo, y durante el reinado de Eduardo VI apenas si hubo ligeras modificaciones. El Libro de Oración fue revisado dos veces durante este período, y la forma de bautismo prescrita en ambas ocasiones fue la inmersión. Una pequeña concesión fue hecha en el último Libro de Oración de Eduardo VI, probablemente a causa de la creciente influencia de Calvino, pero más probablemente a causa del temor de que los infantes que murieran sin ser bautizados se perdiesen para siempre. La reforma fue para el efecto de que si un niño estaba enfermo, o simplemente débil, bastaba con vaciar agua sobre él. Ésta fue la primera vez que los "finos ropajes", o el deseo de ostentación, fue permitido que entrase en la ceremonia del bautismo.

Es cierto que en casos como los mencionados anteriormente se permitía el 'rociamiento', pero siempre había grandes dudas al administrarlo de esa manera. Tyndale dice:

Si no pudiese ser bautizado, o si el niño no era completamente sumergido en el agua, o si, porque el niño estaba enfermo, el sacerdote no se atrevía a sumergirlo en el agua, sino que se limitaba a vaciar agua sobre su cabeza, ¡cómo temblaban! ¡Cómo se sacudían! ¿"Que dice usted, Sir John", decían ellos, "ha sido suficientemente cristianizado el niño? ¿Tiene ya la plenitud del Cristianismo? Es claro a todas luces, que ellos no creen que la criatura haya quedado válidamente bautizada. **(Tyndale, Obras, III, 280)**).

En 1553, a los superiores de los diáconos les fueron dadas instrucciones más precisas, diciéndoles:

Que si hubiere alguno que no permitiere al sacerdote sumergir al niño tres veces en la fuente, estando éste fuerte y capaz de resistir la inmersión, a juicio de personas expertas y discretas, deberá vestir al niño completamente, y asperjar unas cuantas gotas de agua sobre su cabeza **(Hart, Ecclesiastical Records, 87)**.

Se insistía en la inmersión en todos los casos, cuando fuere posible administrarla. En el Catecismo, llamado *Una Breve Instrucción en la Religión Cristiana* hay un Sermón sobre el Bautismo. Hay en ese libro un grabado que presenta a un buen número de adultos siendo bautizados por inmersión. El Sermón dice aún más:

¿Pues qué mayor vergüenza puede existir, que un hombre profese ser Cristiano, porque ha sido bautizado, y aún así no sepa lo qué es el bautismo, ni qué fuerza tiene, ni lo que significa la inmersión en el agua? El bautismo por medio de la inmersión en agua significa que el viejo Adán, con todos sus pecados y bajas pasiones, debe ser ahogado y muerto diariamente a través de la contrición y el arrepentimiento (**Sermón sobre el Bautismo, ccxxiii**).

El bautismo de adultos. J. Bales. Se hacía provisión para el bautismo de adultos creyentes, y sólo se permitía la inmersión como forma de bautismo. El Catecismo de Eduardo VI decía que:

Aquel que cree en Cristo, acepta los artículos de la fe cristiana, y así lo desea (hablo de aquellos que ya son de edad suficiente), son sumergidos en, o lavados en agua pura, en el nombre de ...etc. Etc.

Justo en el año en que Eduardo ascendió al trono, 1547 D. C., J. Bales escribió un libro en contra de los Bautistas (*Una Breve y Firme Declaración ... Anabautistas*). Él había sido acusado de sostener principios Bautistas y con este libro él intentó responder a aquella acusación. Él declara que tanto "aquellos que ya son mayores", como "los niños, deben ser bautizados... en la fuente de la regeneración". Él creía que los adultos debían ser sumergidos en agua con base en su profesión de fe. Él dice que cuando habla así acerca del bautismo, le llaman Anabautista. Conforme a Bales, un Anabautista es aquel que sumerge en el agua a los adultos creyentes. Y luego, Bales continúa diciendo:

Si uno dice cualquier cosa respecto al abuso de las ceremonias y de los sacramentos, ¡qué exclamaciones hacen y cómo lo reportan como sacramentario! Si se dice cualquier cosa sobre el bautismo, diciendo que ni la santidad del agua, ni el aceite, pueden otorgar la gracia prometida, y que el lavamiento en la fuente de nada sirve a quienes no observan la profesión que ellos hacen ahí, quien lo diga debe ser considerado como Anabautista detestable.

Los Anabautistas no creían que el agua tuviera poder de salvación alguno; más bien ellos creían que un creyente adulto debía ser sumergido bajo su profesión de fe, y debía vivir una vida de santidad después de esa profesión.

Giles Van Bellan. La opinión de los Bautistas acerca de la inmersión fue claramente establecida durante el juicio del holandés Giles van Bellan, en Cork. Él dijo:

Que ningún hombre puede hacer al agua más santa de lo que Dios la hizo; por tanto, el agua en la fuente, o el agua bendita en la iglesia, no es más santa que el agua que fluye en el río, y que el agua del río es tan santa como la de la fuente (bautisterio) si un hombre es bautizado en ella y los requisitos del bautismo son observados.

Que cualquier persona puede bautizar en una fuente; que no tiene que ser un sacerdote. (**Evans. Early English Baptists; I. 243**).

Él sostenía que el bautismo era por inmersión total en agua. Estas son las palabras, casi literales, condenadas por el Arzobispo Warham, tomadas de La Suma de las Sagradas Escrituras.

Robert Cooke y el Dr. Turner. Robert Cooke fue un célebre Bautista que vivió durante los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI, María Tudor y Elizabet. Él estuvo en contacto con la corte por más de cuarenta años. Él era ardiente en la expresión de sus opiniones, listo para el debate, elocuente y bien educado. Él fue posiblemente aquel Bautista contra quien John Knox dirigió su celebrado libro sobre los Anabautistas (Obras de John Knox, V, 16). El Dr. William Turner también escribió un libro en contra de Cooke (Una Defensa en contra del veneno de Pelagio, recientemente renovado por la furiosa secta de los Anabautistas).

Turner era descrito como un "médico, a la vez que destacado y avanzado teólogo de la época". Él y Cooke habían sostenido largos debates antes de venir a la Corte. Turner predicó una vez un sermón en contra de los Anabautistas, el cual fue reportado a Cooke, quien lo respondió. Turner ya había escrito algunas cosas en contra de los Anabautistas. Un libro había aparecido en 1548, llamado "**La Suma de la Divinidad**", por Robert Hutton. La introducción había sido escrita por Turner. En el capítulo sobre el bautismo se encuentran estas palabras:

El arrepentimiento y la remisión de pecados, o como dice San Pablo, el bautismo para la regeneración y nuevo nacimiento significa que, para el hombre que es mortificado por el pecado, al ser levantado de las aguas, o al ser sacado de las aguas, ese hombre ha sido lavado y reconciliado con Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Las personas mencionadas como 'sumergidas en el agua', eran todas adultas. No obstante, el Dr. Turner señala un marcado contraste. Cooke y sus iglesias bautizaban solamente a adultos creyentes. Turner y sus iglesias bautizaban infantes. Ambos practicaban la misma forma de bautismo, la inmersión, pero diferían en cuanto a los sujetos idóneos del bautismo. La posición fue establecida por el Dr. Turner en las siguientes palabras:

Y como el bautismo es un sacramento pasivo, y ninguna persona puede bautizarse a sí misma, sino que es bautizada por otro; y como los niños pueden igualmente ser sumergidos en el agua en el nombre de Jesucristo (lo que constituye el bautismo externo, tan completo como un hombre puede administrarlo a otro), así como también las personas mayores; y como los niños tienen la promesa de salvación, así como también la tienen las personas mayores, y pueden recibir la señal del sacramento, así como los adultos; no hay causa alguna por la que el bautismo de un niño debiera ser pospuesto (**Turner, Una Defensa..., 40**).

Turner decía que los Bautistas practicaban "el bautismo en el nombre de Cristo", y que él pensaba que los niños podían ser sumergidos también como los adultos (**Ibid, 43**). Agregó que "estas víboras del agua", refiriéndose a los Anabautistas, están por todas partes.

La Reina María intenta reestablecer el Catolicismo Romano. María Tudor, conocida en la historia como "la sangrienta María", ascendió al trono de Inglaterra en julio 6, 1553, y murió la mañana de noviembre 17, 1558. María era una Católica Romana intensa y devota, en una época en la que el Catolicismo Romano estaba desapareciendo de Inglaterra para siempre. "El Catolicismo había dejado de ser la expresión de la verdadera convicción del hombre que era sensible de la relación que había entre él y el cielo. El Catolicismo aún era creíble para el estudiante en el claustro, y para aquellos cuyos pensamientos no eran sino ecos de la tradición; ya no era creíble para aquellos hombres que tenían un pensamiento activo y vigoroso. Era creíble para el poco educado, para el excéntrico, el imaginativo y el supersticioso. Creíble para quienes se dejaban guiar por los sentimientos, en lugar del razonamiento, y fabricaban silogismos de sus pasiones. Pero ya no era creíble, y jamás lo volvería a ser, para aquellos de sana inteligencia, que a la larga dominarían sobre las mentes del mundo" (**Froude, History of England, VII, 10**).

Cuando María ascendió al trono, su primer pensamiento fue el restablecimiento de la religión Católica Romana en el Imperio Británico. Ese era un celo que, literalmente, la consumía. Enrique VIII y Eduardo VI habían, ambos, llevado Bautistas a la hoguera. María procuró quemar vivos a todos los que se oponían al Romanismo; pero no sólo a los Anabautistas sino también a los Reformadores. Había en el reino una intensa oposición a las políticas de la reina, oposición que finalmente causó su caída. No obstante, mientras reinó, María mostró una firme determinación respecto de sus propósitos. "Yo jamás he visto a la gente", dijo Renard, el Embajador Imperial de Carlos V, "tan descontenta y tan perturbada como ahora". María estaba absolutamente convencida que los herejes debían ser quemados en la hoguera.

Felipe II de España. El obispo Gardiner. María tenía varios que la secundaban. Entre ellos estaba Felipe II, de España, esposo de María y líder del

movimiento de castigo a los herejes a través de la horrible Inquisición. Su agente principal, y consejero, era Gardiner, el Obispo de Winchester. El Obispo Ponet dio la siguiente descripción de él:

El doctor tenía un color vivo, una nariz que le colgaba como la de un buitre ceño fruncido, ojos que estaban a una pulgada metidos en la cabeza; los hoyos de la nariz hacían pensar en un caballo, resoplando constantemente al aire; una boca como pico de gorrión. Tenía unos enormes pies, con garras como las del grifón, dos pulgadas más grandes que los dedos naturales, y tan nervudos que no toleraba ser tocado (**Froude, History of England, VI. 105, 197, 195, 198**).

Loyd dijo acerca de él:

Su reserva era tal que nunca hacía lo que pretendía, nunca se dirigió hacia lo que buscaba, nunca procuró lograr lo que decía, y nunca decía lo que pensaba; de modo que cuando llevaba a cabo algo, eran otros los que hacían aquello a lo que se oponían, y debían disminuir sus propósitos, cuando parecía que lo correcto era fortalecerlos. Era un hombre a quien había que cazar como a un zorro, leer como al idioma Hebreo, de derecha a izquierda. Si querías saber lo que hacía, debías observar lo que no hacía, pues mientras trataba de hacer una cosa, decía estar buscando otra; nunca hizo esfuerzos por alcanzar lo que decía, y nunca hizo lo que realmente pretendía hacer (**Lodge. Illustrations of English History, I. 126**).

Edward Bonner. Otro enemigo de los Bautistas era Edgard Bonner, el Obispo de Londres. La brutalidad de Bonner era notable e incuestionable. Una Carta Pública fue dirigida a él por una dama quien le llamó "el conocido degollador y carnicero en general, esclavo de todos los obispos de Inglaterra" (**Godoy Setter Addressed to onner. Fox, Acts and Monumentos, VII. 611**).

Estos eran los asesinos de Bautistas. J. L. Stone es el último de los que han escrito acerca de María. Él es un apologista Católico Romano quien se ha visto forzado a admitir, después de haber hecho todo lo posible por justificar las decisiones y actos de la reina, que en realidad, ella era una perseguidora de los Bautistas. Él dice:

Pero aparte de todas las mentiras, todas las exageraciones, de toda la evidencia distorsionada y de toda la ficción positiva, el hecho real aún permanece: un número considerable de personas murió en la hoguera durante el reinado de María de Tudor (**Stone, History of Mary, I., 371, 372**).

Los Bautistas son numerosos. "Que los Bautistas eran muy numerosos por estas fechas", dice Crosby, "es incuestionable; y no es de dudarse que muchos de los mártires del período de María era Bautistas, aunque los historiadores parecen estar en silencio con respecto a la opinión de los mártires acerca del

bautismo; y tampoco puede imaginarse que los escritores papistas tuvieran el menor interés en favorecer a cualquiera de las denominaciones que ellos tanto detestaban y aborrecían ..." (**Crosby, History of the English Baptists, I, 63**). La investigación ha confirmado las conjeturas de Crosby, y se ha demostrado que muchos de los mártires eran Bautistas. El historiador Ivimey también declara que "los Bautistas llegaron y recibieron su tarifa completa de sufrimientos, y que muchos de los mártires eran de esa denominación, que en aquel entonces era numerosa" (**Ivimey, History of the Baptists, I, 97**).

Los mártires. El número exacto de los mártires de este período quizás jamás sea conocido con exactitud, pero la gran mayoría de los que sufrieron eran de esa denominación. William Clark recientemente investigó el tema y expresó el siguiente testimonio: "Una considerable proporción de quienes sufrieron bajo María eran Bautistas" (**Clark, The Anglican Reformation, 328**). Esta conservadora declaración está apoyada ampliamente por los documentos originales.

Por estos tiempos no era permitida otra forma de bautismo sino la inmersión. El Obispo Bonner, de Londres, en un artículo en él ordenaba cosas que debían ser inquiridas o demandadas, decía:

Que si hubiere alguno que no permita al sacerdote sumergir al niño tres veces en la fuente, estando éste fuerte y capaz de resistir la inmersión, a juicio de personas expertas y discretas, deberá vestir al niño completamente, y asperjar unas cuantas gotas de agua sobre su cabeza (**Cardwell, Documentary Annals, I, 157**).

La inmersión trina había sido durante mucho tiempo la práctica de la Iglesia de Inglaterra. Durante el tiempo de María hubo una tendencia a practicar una sola inmersión, y no tres, como era la costumbre. (**Wall, The History of Infant Baptism, I, 580**). El testimonio del Dr. Watson, el Obispo de Lincoln, está a la mano. Él dice,

Aunque la antigua tradición de la Iglesia ha sido la de sumergir al niño tres veces, etc., vemos que tal costumbre no es necesaria, sino que una sola inmersión en agua deberá ser suficiente. Aún así, en tiempos de gran peligro y/o necesidad, si el agua es derramada sobre su cabeza, será suficiente (**Watson, Holsome and Cathloyke Doctryne Concernyng the Seven Sacraments, 22, 23. London. 1558**).

Por lo que concierne a los Bautistas, no hay registro de alguna excepción a la inmersión.

La Reina Isabel. Elizabeth, la segunda mujer que reinara sobre Inglaterra, la última soberana de la dinastía de los Tudor, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, nació en el Palacio de Greenwich, en septiembre 7, 1553, y murió en

marzo 24, 1603. Su actuación en el campo de los asuntos religiosos fue vacilante, y no podía confiarse en que siguiese una misma política. Aunque los Católicos Romanos estuvieron constantemente tramando en contra de su gobierno, y aún de su vida, ella siempre los trató con mano suave. Con los Bautistas fue todo lo contrario. Ella fue su enemiga desde el principio, y su hostilidad continuó con la violencia incrementándose hasta el final de su vida.

El nombre 'Bautista'. Debe decirse que la distinción entre los nombres Bautista y Anabautista es meramente técnica, ya que la palabra "Anabautista" aún es usada en Inglaterra para describir a los Bautistas de la actualidad; y fue usada por muchos años en este país, aún después de la Revolución, en la misma forma. "Bautista" es el nombre legal de esta iglesia en la Nueva Inglaterra. La palabra "Bautistas" fue usada por un alto oficial del gobierno inglés a principios del reinado de Elizabeth. Ese oficial fue Sir William Cecil, convertido poco después en Lord Burleigh, quien era Secretario de Estado y Consejero Especial de la Reina. La fecha fue marzo 10 de 1569. La palabra "Bautista" aparece en un notable documento preparado posiblemente para ser usado por él mismo, y tal y como eran sus hábitos, es decir, ver las cosas tal como eran, llama "Bautistas" a los Bautistas. Quizá también sea posible que ese documento haya sido preparado para exponer a la Reina los peligros que enfrentaba su gobierno. Sea como fuere, estamos hablando de un memorando oficial del Secretario de Estado, correctamente considerado como la persona más influyente en el reino, después de la Reina Elizabeth. Se trata de un largo documento, que ocupaba varias páginas; en esta ocasión sólo estamos interesados en uno de los supuestos peligros enumerados. El Secretario Cecil dice:

Las siguientes imperfecciones las tenemos precisamente aquí en nuestra casa, y son las siguientes: El estado de la religión, debilitado en muchas formas por la intrepidez del verdadero servicio a Dios; por el incremento del número y del valor de los Bautistas, y de los que se mofan de la religión; y finalmente, por el incremento de los antirreligiosos y los Epicúreos. **(A Collection of State Paper relating to the Reign of Elizabeth. Transcribed from original letters and other authentic Memorials, parte del legado de William Cecil, Lord Burleigh, actualmente en Hartfield House, en la Biblioteca del Honorable, Earl of Saalsbury, por Samuel Haynes, M. A. London, 1740, I, 585, 586).**

Por tanto, es correcto desde todos los puntos de vista, llamar a estas personas "Bautistas".

Los Bautistas no habían sido exterminados en el reinado de la sangrienta María. Muchos Bautistas sufrieron el martirio bajo su autoridad, algunos huyeron a otras tierras, pero la mayoría permaneció en casa. Lo cierto es que al principio del reinado de Elizabeth, Inglaterra estaba llena de Bautistas. La opinión de

Mariden, uno de los más tranquilos Puritanos, puede ser de interés en este punto. Él dice:

Pero los Bautistas eran los más numerosos, y por algún tiempo el oponente más formidable de la Iglesia (de Inglaterra). Se dice que ellos existen desde los tiempos de los Lolardos, pero su verdadera fuerza estaba más bien en el extranjero (**Mariden, 144**).

Evans, un historiador inusualmente cuidadoso, dice:

No sólo la existencia, sino la amplitud con la que se habían extendido los principios Bautistas durante el Reinado de la leonesa Tudor, es reconocida por todas partes (**Evans, Early English Baptists, I, 147**).

Sus iglesias. Por estas fechas había un gran número de iglesias bautistas en Inglaterra, las cuales tenían grandes congregaciones. Tres razones pueden ofrecerse para explicar la multitud de iglesias bautistas en Inglaterra, al principio del Reinado de Elizabeth. La primera, se había dado protección a los refugiados que habían venido de Holanda y de Francia. Se les había permitido tener sus propias iglesias, en las cuales los oficios divinos podían ser conducidos como a ellos les pareciese. Si bien ninguna de las iglesias que estaban bajo esta protección eran Bautistas, no obstante, muchos Bautistas entraron al país sin que lo detectaran las autoridades. La segunda, el estado en que se encontraba Holanda ofrecía otra razón. Inglaterra, conducida por una Reina Protestante, se les hizo atractiva como para hallar en ella a un país de libertades; muchos Bautistas emigraron a Inglaterra esperando encontrar, al menos, una parcial libertad de conciencia. Y tercera, en Inglaterra había también un gran número de Bautistas nativos. Ante la posibilidad de alguna libertad, ellos emergieron de los escondites en los que habían permanecido secuestrados.

Venían de otros países. Los Bautistas nativos se vieron reforzados por grandes números de Bautistas que vinieron de fuera. El Obispo de Londres describía a estos exilados como "una resaca de perversas personas llegadas a nuestras costas, las cuales en su mayor parte eran *facinorosi, ebriosi et sectarii*" Roger Hutchinson, un contemporáneo, habla de ellos en la siguiente forma:

Diversas sectas se fueron colando, bajo la cubierta y el concepto de verdaderas religiones, quienes gracias a la persuasión del diablo han sembrado la diabólica semilla, tales como ... los Anabautistas (**Roger Hutchinson, Works, 214**).

El Obispo Jewel, quien recién había sido consagrado como Obispo de Saulsbury, escribió a Peter Martyr, en noviembre 6 de 1560, como sigue:

Al principio del Reinado de Elizabeth encontramos una grande y poco prometedora cosecha de Asiáticos, Anabautistas, y otras pestes, las cuales,

no sé cómo, se extendieron como hongos en medio de la noche y de las tinieblas; estos surgieron en la oscura y poco feliz noche del reinado de María. Estos, se me informa, y espero que esto sea un hecho, han tocada a retirada, ante la luz de la pura doctrina, como búhos al rayar el sol, y ahora no los encontramos por ninguna parte (**Zurich, Letters, 91**).

Strype examinó los hechos y registró cuidadosamente los datos como sigue:

Había tantos de estos extranjeros en Londres, en el momento mismo de la ascensión de la Reina Elizabeth al trono, que en su segundo año de gobierno se vio obligada a emitir una proclamación a fin de identificarlos, y un mandato para trasladarlos fuera de sus dominios; de lo contrario, podían esperar que se procediese en su contra conforme a las leyes, ya fueran las eclesiásticas o las del estado (**Strype, The Life of Archbishop Guindal, 180**).

La Reina, habiendo sido informada del arribo de estos Bautistas, escribió cartas al Arzobispo Parker, fechadas en mayo, para imponer autoridad. La Reina escribió:

Por cuanto sabemos que diariamente arriba a esta tierra un numeroso grupo de extranjeros, provenientes de más allá de los mares, contrario a lo que ha sido la costumbre; y que la mayor parte de estos esgrimen como la causa de su venida la esperanza de vivir en esta tierra con libertad de consciencia dentro de la religión cristiana, conforme a las órdenes permitidas en esta tierra, que está infectada con peligrosas opiniones, contrarias a la fe de la Iglesia de Cristo, como los Anabautistas y otros sectarios... etc. (**Cardwell, Documentary Annals, I, 307, 308**).

El Obispo Aylmer dice:

Los Anabautistas nos inundas con olas de otros Satánicos, ¿cree usted que todo púlpito en el país será capaz de contestar a sus argumentos? Ruego a Dios que haya muchos que lo puedan hacer así. Y en estos últimos días, las viejas plagas han resurgido, como los Anabautistas, los de "libre albedrío", con otros muchos grupos de enemigos de Dios. Estos horribles monstruos, miembros de la hermandad de Satanás (**Aylmer, Harborough of Faithful Subjects, in Preface**).

Whitgift, en 1572, escribió un libro en contra de los Bautistas. Él llegó a las siguientes conclusiones:

Solamente deseo que usted sea circunspecto, y que entienda que los Anabautistas (quienes normalmente proclaman y practican las enseñanzas del Evangelio) deben ser altamente temidos por la Iglesia de Inglaterra.

Es verdaderamente cierto que los Bautistas normalmente “proclaman y practican las enseñanzas del Evangelio”. Hubo muchas respuestas a lo dicho por Whitgift. En un gran volumen (La Defensa) respondiendo a sus oponentes, Whitgift continuó denunciando y atacando a los Bautistas. Una de sus peores fallas era, dice él:

Ellos tenían sus iglesias privadas, casi secretas, separándose así de la Iglesia, y tampoco se comunicaban con persona alguna fuera de su secta, ya fuese en oraciones, sacramentos, o exposición de la Palabra (**Whitgift, An Answer to a Certain Libel**)

Los Bautistas tenían sus iglesias, observaban los sacramentos, y vivían de una manera más estricta. El Obispo Cox también se vio perturbado por los Bautistas. En una carta escrita a Gaultner, en junio 12, 1573, él dijo:

No debes entristecerte, mi querido Gaultner, que los sectarios se estén mostrando como engañosos y perversos intérpretes de tus más justas opiniones. Porque no puede ser de otra manera, sino que la cizaña debe crecer junto con el trigo en el campo del Señor, y han de crecer en gran cantidad. De esta clase son los Anabautistas... y todas las demás tribus sectarias buenas para nada (**Zurich, Letters, 285**).

La persecución se intensificó pero los Bautistas continuaron incrementándose; los extranjeros siguieron entrando al país, con casi 4,000 mil de ellos viviendo cerca de Norwich, muchos de los cuales eran Bautistas. Y todavía más, las iglesias seguían multiplicándose. De las que aún existen, se dice que la de Faringdon fue establecida en 1576; las de Crowle y Epworth en 1597; las de Darmouth, Oxford, Wedmore y Bridgewater, todas en 1600. Es decir, había iglesias en al menos nueve condados fuera de Londres, en donde aún existen iglesias directamente surgidas de las antes mencionadas (**Langley, English Baptists Befote 1602. London, april 11, 1902. Publicado en The Baptist**). Algunos de estos Bautistas eran extranjeros, pero algunos de ellos “eran de nuestra propia carne y sangre inglesa” (**Acta Regia, IV, 86**). El Dr. Some, escribió “**Un Tratado Piadoso, en el que son examinadas y refutadas muchas execrables fantasías**” en el que no sólo habla “de las iglesias Anabautistas en Londres y otros lugares”, sino que también afirma que los Anabautistas habían sido educados en muchas universidades en el país.

“Los Anabautistas”, escribió Burnet, “generalmente eran personas de virtud, practicantes de una caridad universal” (**Burnet, History of the Reformation of his own Time, 702**). Pero ningún principio de tolerancia habría de beneficiar a los Anabautistas. La gente de esa generación, exceptuando a los Bautistas, jamás entendió el concepto de libertad de religión. Y la que menos lo entendía era la Reina Elizabeth. En diciembre 27, 1558, ordenó que cesara todo tipo de predicación; en febrero 4, 1559, el Parlamento decretó el establecimiento de la

Corte de la Alta Comisión. Éste fue el principio de innumerables y profundos sufrimientos para los Bautistas. Ellos habrían de soportarlos con firmeza y fe.

La pesada mano de la Ley. Tres acciones fueron dirigidas en contra de los herejes. La primera fue constituida por ciertas normas emitidas por Su Majestad la Reina (**British Museum, 698 h 20 (1)**). Una de ellas decía:

Ninguna persona defenderá o mantendrá, en forma deliberada u obstinada, herejías, errores o falsas doctrinas, contrarias a la fe de Cristo y su Santa Escritura.

Una segunda norma fue dirigida en contra de "la impresión de libros herejes o sediciosos".

La segunda consistió en dar seguimiento a las reglas anteriores, apoyándolas con órdenes de cateo, o "visitas", como eran llamadas. Cuando se iba a llevar a cabo una de estas 'visitas', el país se dividía en circuitos, a los cuales se asignaba un cierto número de visitadores, parte de ellos clérigos y la otra parte laicos. En el momento en que los visitadores llegaban a cualquiera de las diócesis, la autoridad espiritual de cualquiera otra persona cesaba. Ellos hacían comparecer ante ellos al obispo, a los sacerdotes, y a ocho, seis o cuatro de los líderes de la comunidad en cada parroquia, les administraban el juramento de lealtad y de supremacía y les demandaban respuesta, 'bajo juramento', a cualquier pregunta que se les pudiese ocurrir, exigiéndoles, además, obediencia a las normas reales. La persecución en contra de los herejes fue llevada a cabo de esta manera de parroquia en parroquia, por todo el reino.

La tercera acción dio principio el 28 de febrero, y consistió en la publicación de una **Ley para la Unificación de la Religión**, la cual entró en vigor a plenitud el 17 de diciembre de ese mismo año. Se consiguió que el Parlamento decretase la legitimidad de una sola religión, una manera de adoración uniforme, una sola forma de disciplina, y una forma de gobierno eclesiástico para toda la nación. Todos los habitantes del reino debían mostrar sujeción a tales normas en lo externo. Ese acuerdo del Parlamento transformó a la Iglesia de Inglaterra en lo que es actualmente, habiendo sido esa la cuarta alteración en treinta y cuatro años.

Más bautistas a la hoguera. Elizabeth estaba ansiosa por hacer cualquier cosa para agradar a Felipe II, y aprovechó la oportunidad para demostrarle que los ingleses, para quienes demandaba tolerancia de parte de él, no eran los herejes con quienes habían sido confundidos. Ella había atrapado en sus redes a ciertos Anabautistas Holandeses. Estos fueron los 'chivos expiatorios' con los que quedó bien con Felipe II. Froude dice que "las posiciones por las que estos sufrieron, juntamente con las posiciones de los ortodoxos, han perdido todo su significados y han pasado al olvido. La teología del gobierno era muy dañina;

pero las víctimas no fueron castigadas ni siquiera por una verdad imaginaria. Los amigos de España que rodeaban a la Reina sólo querían demostrar a Felipe II que Inglaterra no era el paraíso de los herejes que el mundo creía que era” (**Froude, History of England, II, 43, 44**). Dos hombres nobles fueron llevados a Newgate y fueron quemados en la hoguera en Smithfield, en julio 22, 1575. Uno de ellos era un hombre de edad, casado y con nueve hijos; el otro era un joven que apenas tenía pocos años de casado.

Los últimos años del reinado de Elizabeth se vieron marcados por una crueldad especial. Después de la derrota de la Armada Española ella tuvo el tiempo para presionar con su idea de conformar a toda la nación en una misma práctica religiosa. Ella había escogido a John Whitgift como Arzobispo de Canterbury a la muerte de Grindal. Whitgift era honesto y bien intencionado, pero tenía una mente cerrada que llegaba a lo increíble; el único pensamiento que le ocupaba era, conforme al deseo de la Reina, el de traer a todos los hombres a la conformidad de las creencias y prácticas de la Iglesia de Inglaterra. Fletcher, el historiador de los Independientes, lo describía como sigue:

Este hombre era muy minucioso en todo lo que hacía, especialmente si había almas que poner en peligro o gente piadosa que castigar. Parece que él encontraba una perversa delicia en torcer las leyes a fin de incrementar la persecución, y cuando no había ley alguna que pudiera ser usada de esta manera, él buscaba que se promulgara alguna, o él mismo se encargaba de promoverla. Él era probablemente el más temido y odiado de todos los oficiales de su día (**Fletcher, History of Independency, 11; 145**).

Whitgift llenó hasta el tope las prisiones con Bautistas. Él consideraba que los Bautistas eran los peores herejes de la época. Las doctrinas de estos cristianos eran fatales para el concepto de una Iglesia Nacional. No podía haber una Iglesia Nacional si los niños no eran bautizados en la infancia; es decir, si los sacerdotes, a través de la magia del bautismo, no hacían cristianos de todos los infantes. Él hizo que de todos los púlpitos se predicara en contra de los Bautistas. Él predicó en la Iglesia de San Pablo, en noviembre 17, 1583, en contra de los Anabautistas, llamándoles “personas erradas y arrogantes”. Las consecuencias fueron que algunos Bautistas se fueron a tierras extranjeras, aunque la mayoría simplemente se ocultó bajo una capa de conformidad, esperando a que llegaran tiempos mejores.

Los Independientes. Se ha dicho algunas veces que los Bautistas se originaron con los Independientes. Lo cierto es precisamente lo contrario. Fueron los independientes quienes derivaron sus ideas de libertad de religión e independencia en el gobierno interno de la iglesia de parte de los Bautistas.

Robert Browne fue el padre de los Independientes, también conocidos como Congregacionalistas. Fue en el año de 1580 que él fue a Norwich. Éste era el

cuartel general de los Bautistas holandeses en Inglaterra. Había casi “tantos Bautistas holandeses como ingleses nativos habitando la zona por esas fechas” (**Fuller, Church History of Britain, III, 62**). Collier dice:

Por estas fechas los Holandeses tenían numerosas congregaciones en Norwich; muchas de estas personas se inclinaban hacia los Anabautistas, por tanto estaban más dispuestas a considerar cualquier posición que se le pareciera (**Collier, Ecclesiastical History of Great Britain, VII, 2**).

Los Independientes aprendieron sus ideas de los Bautistas. Browne aprendió algunas de sus ideas de parte de estos Bautistas holandeses, de tal modo que organizó, en el año de 1584, la primera Iglesia Independiente. Muchos de los más destacados escritores admiten, según lo indican las circunstancias, que él tomó para su iglesia el modelo de los Bautistas. Nadie, excepto los Bautistas, sostenían puntos de vista tan peculiares como los de libertad de conciencia y la total independencia del gobierno eclesiástico; los Congregacionalistas no aprendieron bien estas lecciones.

Weingarten hace esta fuerte declaración:

El total acuerdo entre los puntos de vista de Browne con los de los bautistas, por lo que se refiere a la naturaleza de la iglesia, es suficiente prueba de que él tomó prestada esta idea de ellos, aunque en sus “*Verdaderas Declaraciones*”, de 1584, él no consideró aconsejable reconocer este hecho, no fuera a ser que además de todos los nombres oprobiosos que se le habían adjudicado, se le diese también el de ‘Anabautista’. En 1571 había no menos de 3,925 holandeses en Norwich (**Weingarten, Revolutions Kirchen Englands, 20**).

Scheffer dice:

Las nuevas ideas de Browne respecto a la naturaleza de la iglesia se le aclararon al estar en el círculo de los Bautistas holandeses de Norwich.

Uno de los más recientes historiadores de los Congregacionalistas fue Williston Walter, Profesor del Hartford Theological Seminary. Con relación a la conexión entre Browne y los Anabautistas, él hace las siguientes declaraciones:

En muchos aspectos –como el de no apoyar el concepto de Iglesia Estatal, el hecho de que van directamente a la Palabra de Dios para fundamentar cualquier detalle de su posición, respecto de su forma de organización y los oficiales de la iglesia—su semejanza con los radicales Reformadores del Continente es tan asombrosa que cierta afiliación tiene que ser cierta. Tampoco es menos influyente el argumento de su cercanía geográfica como una probable razón de su conexión con el movimiento continental. Estos esfuerzos tan radicales de los ingleses en pro de una reforma absoluta tenían

su apoyo principal en los condados orientales, especialmente en las inmediaciones de Norwich y Londres. Estas regiones habían recibido durante mucho tiempo a los inmigrantes holandeses, y el flujo de gente proveniente de Holanda se había incrementado considerablemente durante el reinado de Elizabeth, debido a la tiranía de Felipe II. En 1562, los holandeses y los 'wallons' (miembros de un grupo étnico cercano a los Celtas, que habitaban el sur-sureste de Bélgica y las regiones adyacentes de Francia) se asentaron en Inglaterra en número de 30,000. Para 1568 unos 5225 de los asentados en Londres eran parte de esta inmigración; y para 1587, constituían más de la mitad de la población de Norwich, si bien también tenían fuerte presencia en otras ciudades costeras. Estos inmigrantes eran artesanos, y entre los inmigrantes procedentes de Holanda, los puntos Anabautistas estaban ampliamente extendidos. Aunque sería injustificable decir que estos inmigrantes en tierra inglesa eran principalmente, o mayoritariamente, Anabautistas, había muchos Anabautistas entre ellos, de donde no era del todo improbable que sostuvieran una forma de pensar Anabautista, aunque muchos de ellos no hayan estado ni siquiera concientes de la fuente de donde provenían sus creencias e impulsos básicos. Lo que sí es un hecho es que la similitud entre el movimiento Anabautista del continente europeo y los Congregacionalistas Ingleses en cuestiones eclesiásticas, así como la posibilidad geográfica de contacto entre ellos, son tan evidentes que es extremadamente difícil negar la posibilidad de esa relación (**Walter, A History of the Congregational Churches of the United States, 26**).

Después de señalar ciertas disimilitudes entre los dos grupos él dice que Browne jamás reconoció su deuda con los Anabautistas. Luego señala aún más, diciendo:

Aunque no pueda encontrarse ni una pequeña señal de reconocimiento de la deuda de los escritos de Browne con los Anabautistas, y aunque no encontramos nombres holandeses entre el pequeño número de sus seguidores que nos son conocidos por nombre, la similitud entre el sistema con el que él trabajaba y los sistemas de los Anabautistas es tan grande en muchos aspectos que la conclusión es difícil de evitar: la similitud entre los grupos es más que accidental (p. 36).

Browne emigró a Middleburg, Zelanda, en 1582, debido a la persecución. Aquí, su iglesia se vio dividida por disensiones. Los Bautistas eran muy numerosos en esta zona, y algunos de sus seguidores se alinearon con ellos (**Brandt, History of the Reformation in the Low Countries, I, 343, 443**). Johnson, el Pastor de la Iglesia Separatista en Ámsterdam, escribiendo en 1606, habla de estas personas que huyeron de Inglaterra a causa de la persecución y dice:

Poco después de que hubieron llegado, varios de ellos cayeron en el error de los Anabautistas, los cuales son muy comunes en estos países; y como persistieran en esos errores, fueron excomulgados por el resto de ellos (**Johnson, An Inquiry and Answer to Thomas White, 63**).

La Inmersión era la regla. La inmersión era la regla casi universal durante el reinado de Elizabeth. Gough, un anticuario erudito de dos siglos atrás, describe la condición de las cosas en Inglaterra bajo esta reina. Él cita a las autoridades originales para dar más peso a sus palabras. Él dice:

La inmersión era la costumbre en Inglaterra; no la ley, porque en los tiempos de la reina Elizabeth, los gobernadores de la Iglesia Episcopal expresamente prohibían la aspersion y el uso público de vasijas en los bautismos públicos. Finalmente, (los administradores de la iglesia) se encargarán de que en cada iglesia haya una fuente santa, no una vasija, en la que pueda ser administrado el bautismo, y que esa fuente sea mantenida limpia y atractiva. Además, verán que la fuente no sea removida, y que en las iglesias de la parroquia el curado no bautice haciendo uso de vasija alguna ni utilice cualquier otra vasija, sino que bautice tal y como ha sido prescrito, La aspersion, por tanto, no era permitida, excepto en la Iglesia de Roma, en casos de extrema necesidad, como el bautismo clínico (**Archaeology, X, 207, 208**).

Las autoridades eran celosas de que se cumpliese lo establecido por la costumbre. El primer comentario del Libro de la Oración Común fue escrito por Thomas Sparrow. Él habla del bautismo según era entendido en su tiempo:

El bautismo ha de ser administrado en una fuente. Lo que era una fuente, todo el mundo lo sabe; pero muchos no saben por qué es llamada así. La ordenanza del bautismo, en los tiempos primitivos, era administrada en ríos y estanques; por una parte, porque los conversos eran muchos, y por la otra porque en aquellos tiempos no existían bautisterios hechos por el hombre. Sin embargo, no tenemos ningún otro recordatorio del rito, excepto el nombre. Por eso es que llamamos 'fuentes' a nuestros bautisterios; pues una vez que la religión halló paz, estos fueron construidos y consagrados para que el acto pudiese celebrarse de una manera más reverente (**Sparrow, A Rational Upon de Common Book of Prayer, 299**).

El Obispo Horn, escribiendo a Henry Bullinger, de Zurich, en 1575, dice acerca del bautismo en Inglaterra:

El ministro los examina con respecto a su fe, y después sumerge al infante (Zurich **Letters, Second Series, 256**).

John Brooke, en 1577, echa un vistazo al bautismo por inmersión. Dice:

Yo creo que el bautismo debe ser administrado, no con aceite, ni con sal, ni con saliva, ni cosas semejantes, sino solamente en agua pura y limpia, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (**Brooke, A Brief and Clean Confession of the Christian Faith**).

La Inmersión entre los Bautistas. Muchos de los Bautistas estaban conectados con la iglesia de John á Lasco, que fuera organizada en Londres en 1550. Ésta era un buen escondite para los Bautistas extranjeros. La práctica en esta iglesia era el bautismo por inmersión. Su Catecismo dice:

Pregunta: ¿Cuáles son los sacramentos de la Iglesia de Cristo? **Respuesta:** El bautismo y la Cena del Señor. **Pregunta:** ¿Qué es el bautismo? **Respuesta:** Es una santa institución de Jesucristo, en la cual la iglesia es sumergida en agua, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (**Denklynen Cathecismus, oft kindeer leere der Duytscher Ghmeynte van London. An. 1566**).

Con relación a esto, Robinson dice que los Anabautistas practicaban la inmersión. Dice él:

Ellos no encontraron falta alguna en la forma original del bautismo, la cual era la inmersión; sus objeciones tienen que ver, más que nada, con el sujeto del bautismo, cuando éste es un niño (**Robinson, The History of Baptism, 555**).

El año de 1571 señala la fecha de aparición de un libro muy importante (**Reformation Legum Ecclesiasticarum**), el cual iba a ser enviado con la autoridad de John Knox. Fue preparado por el Arzobispo Cranmer y otros Comisionados, y fue probablemente escrito por el Dr. Haddon. Fue impreso bajo la supervisión del Obispo Parker en el 13º Parlamento de Elizabeth. Ahí se declara firmemente que la Iglesia de Inglaterra requería que “los candidatos fueran sumergidos en agua (*in aguas demergitur*) y luego fueran levantados de las mismas”. El libro es igualmente claro cuando habla de la costumbre de los Bautistas de sumergir en agua a sus conversos. Después de referirse a la posición de los Bautistas, quienes rechazaban el bautismo infantil, dice:

Asimismo, más errores son amontonados por otros en cuanto al bautismo, al cual algunos contemplan tan asombrados como si creyeran que del elemento mismo emergiera el Espíritu Santo, y que su poder, su nombre y su eficiencia, gracias a las cuales somos renovados, y su gracia y todos los otros dones que proceden de él, anduvieran nadando en la fuente misma en donde se administra el bautismo. En síntesis, ellos quisieran que nuestra regeneración total fuese debida a esa sagrada fuente, lo cual ofende a nuestros sentidos.

El año de 1578 proporciona prueba adicional de que la inmersión era la norma entre los Bautistas en Inglaterra. El Rev. John Man, de Merton College, de la Universidad de Oxford, tradujo y publicó en inglés una traducción y adaptación de “*Los Lugares Comunes de la Religión Cristiana*”, de Wolfgang Musculus. Él dice que la palabra ‘bautismo’ viene de una palabra griega que en inglés

significa "sumergir o ahogar". Él declara que la forma de bautismo entre los Bautistas era la inmersión. Luego continúa diciendo:

Pero alguien de seguro objetará. Si el bautismo de Juan, y el bautismo de Cristo son iguales, entonces los Apóstoles no tenían razón alguna en bautizar a los doce discípulos en la forma en la que fue bautizado nuestro Señor Jesucristo, quienes fueron bautizados antes por Juan. ¿Cuál podría haber sido el propósito de bautizarlos dos veces en un bautismo? ¿No tomaron acaso algunos de nuestros Padres, y los Anabautistas de nuestros días, esto como el fundamento de su bautismo? **(Man, Common Places of the Christian Religión, 678).**

Wall señala en forma específica la correspondencia entre la declinación de la práctica de la inmersión en la Iglesia de Inglaterra y el crecimiento de los Bautistas. Según esta posición, los Bautistas creen doquier los Paidobautistas practican la aspersion o el rociamiento. La inmersión y los Bautistas van juntos. Los Bautistas holandeses no avanzaron mucho en Inglaterra porque los ingleses practicaban la inmersión. Cuando el rociamiento comenzó a ser la costumbre en los tiempos de Elizabeth, los Bautistas progresaron, y su gran popularidad en Inglaterra se aseguró al crecer más la costumbre de la aspersion durante los reinados de James I y Carlos I. Las declaraciones de Wall son muy interesantes. Él dice:

Alemania y Holanda tuvieron después su porción de problemas con esta secta; pero no sino hasta que ellos hubieron dejado, en forma casi general, la inmersión de los infantes. Mientras tanto, Inglaterra se apegó a la forma antigua, la inmersión. Y aunque varios Anabautistas holandeses vinieron a Inglaterra durante estas fechas, tratando de hacer prosélitos, Fox, el historiador del reinado de Elizabeth declara que él nunca escuchó de algún inglés que hubiera sido pervertido por ellos. Así que los antipaidobautistas no comenzaron aquí mientras permaneció la antigua forma de bautismo: la inmersión. Luego, durante el reinado de los dos siguientes reyes, el rociar agua en la cara del infante se convirtió en la moda, y algunos comenzaron a convertirse en antipaidobautistas, mas no se separaron de la iglesia a causa de ello. Ellos jamás tuvieron números considerables aquí, hasta que el reinado de los Presbiterianos comenzó. Estos hombres (creo yo que sólo por oponerse a la Iglesia de Inglaterra) llevaron la parte externa del sacramento a un símbolo menos significativo de lo que había hecho Juan Calvino (porque él dirige el rociamiento del agua a la cara), y en la mayoría de los casos, cambiaron del rociamiento a la aspersion. Esto escandalizó a muchas personas porque realmente era, y es, un escándalo. Así que en parte eso, y en parte por la oportunidad que se abrió para que todas las sectas que quisieran hacer propaganda aquí lo hicieran, trajo como consecuencia esto (el crecimiento de los Bautistas). Lo cual pienso yo, y he dicho, que al retornar nosotros a la práctica de la Iglesia de Inglaterra, todo esto cesaría **(Wall, The History of the Infant Baptism, II, 464, 465).**

James I. El reinado de James I (1603-1625) fue un período difícil, una época de constantes conflictos por todas partes. La mente humana, habiendo despertado del sueño del Feudalismo y del Oscurantismo, se enfocó en todos los problemas inherentes a la sociedad humana, problemas que aún en el momento presente no están ni medio resueltos. En el siglo XVII en Inglaterra, las gentes se estaban yendo a la raíz de los problemas. Ellos se estaban planteando preguntas como, ¿Cuál es la autoridad final en los asuntos de la humanidad? ¿Cuál es el fundamento del gobierno? ¿Para qué propósito existe? (**Arber, The Store of the Pilgrim Fathers, 6**). Pero pronto los Bautistas, así como otros grupos, iban a obtener victorias constitucionales y de libertad religiosa que hasta entonces no se habían visto en Inglaterra.

Los Bautistas no fueron tan numerosos durante el reinado de James I.

En la primera parte del reinado de James I, las iglesias bautistas estaban extremadamente débiles, se encontraban en lo profundo de la oscuridad y en medio de violenta persecución. Los poderes del estado y de la jerarquía se habían combinado y persistentemente se dirigían a acabar con los Bautistas. Debido a que muchos habían sido encarcelados, otros habían sido exilados y muchos otros habían sido muertos, por un tiempo se pensó que los Bautistas habían sido extinguidos en Inglaterra. Pero lo cierto es que ellos estaban creciendo en secreto, multiplicándose en grandes números, pudiendo ser encontrados en cualquier parte del país. Omerod dijo, en 1605, que "los sectarios tienen sus reuniones en las casas, y en lugares secretos, que jamás son encontrados". Y sigue diciendo, "y es así que tramando y machacando, ellos —si bien eran pocos al principio— han crecido en número tal que uno de sus mismos predicadores dijo recientemente en uno de sus púlpitos que estaba convencido de que eran más de 10,000 (disidentes) en Inglaterra, y que su número crecía diariamente por todas partes" (**Omerod, The Picture of a Puritan, London, 1605**). Es un hecho que no todos estos eran Bautistas, pero los Bautistas estaban bien representados entre los Disidentes.

Edward Wightman es condenado a morir en la hoguera. A pesar de que Edgard Wightman había sido ejecutado en la hoguera, los Bautistas presentaron una petición a la Casa de los Lords en 1610, demandando más libertad de conciencia y mayores privilegios. La petición es conservada en La Biblioteca de la Casa de los Lords, y al reverso aparece la leyenda "leída y rechazada". La petición dice como sigue:

Una petición a la Cámara de los 'Lords'.

A la Justa y Honorable Asamblea de la Casa de los Comunes del Parlamento. Una humilde súplica de parte de diversos y pobres prisioneros, y de muchos otros de los fieles nativos, súbditos del rey, listos a tomar el Juramento de Lealtad con toda sinceridad, y cuyas quejas son, lamentablemente, sólo por causa de la conciencia.

De la manera más humilde les mostramos que durante el Parlamento realizado en el año séptimo del reinado de su majestad, fue acordado que todas las personas mayores de dieciocho años que no asistiesen a la iglesia, tomasen el Juramento de Lealtad; y si se rehusasen, fuesen puestas en prisión sin el privilegio de fianza, etc. Gracias a tal estatuto, los Católicos que se habían rehusado a asistir a la Iglesia de Inglaterra, al tomar el juramento, son inmediatamente liberados de sus prisiones; algunos de nosotros también somos puestos en libertad cuando nuestra causa es vista por algún Reverendo Juez. Pero cuando caemos en manos de los obispos el tomar el mencionado juramento no nos beneficia en nada, porque nos dicen que es sólo para el beneficio de los Católicos que se habían rehusado, y para nadie más. Así que hemos sido mantenidos en prisión, separados de nuestras esposas, hijos, siervos y demás, sólo por causa de nuestra conciencia hacia Dios, para perjuicio nuestro, de nuestras esposas y de nuestros hijos.

Nuestra más humilde súplica a esta Honorable Asamblea es, que en conmiseración del tremendo estado en que nos encontramos, igual que nuestras pobres familias, sea acordado en palabras expresas que no sólo los católicos rehusantes, sino también los fieles súbditos del Rey, sean puestos en libertad al momento de tomar dicho juramento.

Y nosotros continuaremos orando, (como lo hemos hecho día y noche) que el Dios del cielo pueda estar presente en su Honorable Asamblea, pues es por Él que los príncipes decretan la justicia.

A nombre de los leales súbditos de Su Majestad,

Más falsamente llamados Anabautistas.
Rechazado por el Comité.

Una humilde súplica presentada al Rey. Los Bautistas presentaron una "humilde súplica a Su Majestad el Rey". El título de ella fue "Perseguidos por la Religión. Juzgados y Condenados." (**British Museum, 4108 de 30 (5)**). Fue reimpressa por los Bautistas en 1620 y 1622. En la epístola al Rey, ellos, patéticamente, dicen:

Aún así, nuestro más humilde deseo de parte de nuestro Señor, el Rey, es que él no utilice su poder para obligar a sus leales súbditos a disimular, a creer como él cree, y que por ello no haya la mínima muestra de persecución; aunque no es poca persecución el vivir muchos años en sucias prisiones, hambrientos, con frío, inactivos, separados de la esposa, de los hijos y de los amigos, dejados en continua miseria y tentación, en forma tal que para muchos la muerte sería un final bienvenido, viendo que Su Majestad confiesa que el cambio del pensamiento debe ser obra de Dios. Y de los señores obispos deseamos, que ellos dejen de perseguir a todos aquellos que no creen como ellos, hasta que hayan demostrado que Dios está complacido con ello, y que las almas de los que se sometían estén libres

de condenación. Que demuestren esto, y nosotros nos someteremos voluntariamente y para siempre a ellos, y lo mismo harán miles de personas; por tanto, si es que hay una chispa de gracia en ellos, que otorguen una satisfacción, ya sea oral o escrita, o ambas. Pero si esto no es así, y ellos continúan en su cruel camino de persecución, como lo han hecho hasta ahora, que recuerden que tendrán que presentarse a juicio, y todas las abominaciones les serán presentadas.

Esta súplica fue firmada por "los indignos testigos de Cristo, fieles súbditos de Su Majestad, común -pero falsamente—llamados Anabautistas". Este documento demuestra que, había miles de Bautistas en Inglaterra por estas fechas, y que muchos de ellos jamás habían estado fuera del país, pues se dice que habían estado "en prisión, y sujetos a persecución". Ellos declaran que se les acusaba falsamente de ser Anabautistas; este documento fue publicado por los Bautistas mucho tiempo después de su presentación original, en tiempos de persecución, como un documento histórico adecuado que definía claramente su posición. La súplica citada arriba expuso y condenó, mediante el uso de varios y muy correctos argumentos, el pecado de persecución. Los Bautistas rechazaban el bautismo infantil como una práctica que no tenía fundamento bíblico alguno, y consideraban como inválidos todos los bautismos recibidos de la Iglesia Católica y/o de la Iglesia de Inglaterra, por considerar que eran iglesias falsas y ministros anticristianos. Ellos negaban en forma absoluta su sucesión de Roma y declaraban que la sucesión no era necesaria para el bautismo. Ellos afirmaban "Que cualquier discípulo de Cristo, dondequiera que se encontrara, que en obediencia a la Palabra de Dios predicara a otros la Palabra, y el Espíritu convirtiera algunos, él podría, y debería, proceder a bautizarlos en ese instante". Ellos decían que todo hombre tenía el derecho de juzgar por sí mismo los asuntos de la religión, y que perseguir a otros por causa de sus creencias religiosas era no sólo ilegal sino también anticristiano.

Ellos reconocían que los Magistrados estaban puestos por orden de Dios, y que los reyes y todos los que estén en posiciones de autoridad deben ser obedecidos en toda cuestión civil, no sólo por temor, sino también por causa de la conciencia. Ellos creían que tomar un juramento era legítimo y correcto, y declaraban que todos los que profesaban como ellos estaban dispuestos, en fidelidad y en verdad, a tomar el Juramento de Lealtad.

Ellos reconocían que varios de los llamados Anabautistas tenían opiniones extrañas y contrarias a las de ellos, y se esforzaban por librarse de ser censurados por causa de esos puntos de vista, mostrando que lo mismo había sucedido en la iglesia primitiva. Como ejemplos mencionaban que algunos en la Iglesia de Corinto habían negado la resurrección de los muertos; otros, en la Iglesia de Pérgamo, se adherían a la doctrina de los Nicolaítas y, a pesar de ello, ni Cristo ni los Apóstoles habían condenado a la totalidad de los creyentes por causa de los errores de unos cuantos. Pero por lo que sí protestaban era por

el orgullo, el lujo insultante y la irrazonable opresión de los obispos, y por el supuesto poder espiritual que estos invocaban, a través del cual, muchos de ellos habían sufrido la confiscación de sus bienes, largos y constantes períodos en prisión, el exilio y aún la muerte, ya fuera en la horca o en la hoguera. "Todo lo cual", decían ellos, "se encuentra en nuestra Confesión de Fe, impresa y publicada cuatro años atrás".

Un clamor que pide libertad de conciencia. Éste es un documento memorable. "Los puntos de vista que este panfleto aborda, todos ellos correctos y bien expuestos", dice Price, "evidencian un asombroso progreso en el conocimiento de la libertad religiosa, y concede plenamente a los autores el derecho de ser considerados como los primeros expositores y los más brillantes promotores de esta invaluable herencia dejada a la humanidad. Otros escritores, de nombre más distinguido, vinieron después, y robaron a estos su honor; pero sus derechos son legítimos, y el servicio que rindieron en pro de los intereses comunes de la humanidad es incalculable que, una posteridad imparcial deberá asignarles la apropiada medida de reconocimiento. Esta declaración fue producida por personas miembros de una secta que era calumniada y despreciada, pocos en números y pobres en circunstancia, y fueron ellos quienes trajeron a la luz pública, en toda su simplicidad y omnipotencia, estos principios inmortales que ahora son universalmente reconocidos como de autoridad divina y obligación universal" (**Price, History of Protestant Nonconformity in England, I. 520, 523. London, 1836-1838**).

Hubo un evento que tuvo lugar en 1614 y que fue más importante que todos los decretos de los obispos. Se trata de la publicación de un libro escrito por un humilde creyente bautista, ciudadano de Londres. En la Biblioteca Menonita de Ámsterdam existe una carta que arroja mucha luz sobre su historia. Mark Leonard Busher, el autor, estaba en el punto más alto de su madurez, teniendo en esa fecha cincuenta y siete años de edad. Él escribió el primer libro publicado en Inglaterra promoviendo la libertad de conciencia. No puede ser leído sin que el corazón y el pulso se aceleren. El estilo es bastante sencillo pero hay pasajes cuando uno llega a leerlos, le gana la emoción (**Masson, La Vida de Milton, III, 102**). Busher aún vivía en 1641, en Leyden, viejo, pobre y olvidado. Si había vuelto con Helwys y su iglesia, o en otra fecha, no se sabe, pero él estaba en Londres en 1614. Lo más probable es que al ver la luz pública su libro, él fue obligado a salir del país, pues en una fecha posterior es encontrado en Holanda. El libro no habría de recibir favor alguno de parte de la cruelmente perseguidora Iglesia de Inglaterra. Los rígidos Presbiterianos y la Iglesia de Inglaterra no toleraban los principios ahí vertidos. No obstante, la buena semilla había sido plantada. Años después, Locke y Milton escucharían la voz de Busher en éxtasis.

La tesis principal del libro es que "a menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios"; que la regeneración es resultado de la fe en

Cristo, y que ningún rey u obispo tiene el poder de ordenar a otro que crea en cierta forma. Con base en lo anterior, la persecución es irracional y no va a lograr su propósito; los hombres no pueden ser hechos cristianos a la fuerza. A lo anterior, él añade otro llamado: Aun los turcos, los incrédulos y los paganos toleran a quienes tienen creencias diferentes a las de ellos. Por tanto, Busher dice:

¿Cuánto más deberán tolerar a otros los cristianos, cuando ven que los turcos los toleran a ellos? ¿Seremos menos misericordiosos que los turcos? ¿O enseñaremos a los turcos a perseguir a los cristianos? La persecución no sólo demuestra falta de misericordia sino que es totalmente antinatural y abominable; más aún, es una monstruosidad que un cristiano maltrate y destruya a otro por causa de diferencias religiosas.

Él pedía que se les diese libertad también a los Romanistas –el primer inglés que tuvo el valor de hacerlo—y argumentaba que esto puede hacerse con plena seguridad para el estado. Ésta fue una expresión de generosidad como jamás se había oído en el país. Él también pedía libertad a la prensa. Él escribió que:

... a fin de tener más paz y tranquilidad, y para satisfacción de los débiles y sencillos, habiendo tantas personas con diferentes posiciones religiosas, fuese un derecho legítimo para toda persona o personas, sí, incluso judíos y papistas, el escribir, disputar, discutir, razonar, imprimir y publicar cualquier escrito que tuviera que ver con religión, ya fuera a favor o en contra de cualquier punto de vista, con la única condición de que no se acudiese a los Padres para probar o fundamentar cualquier punto de religión, sino que se atuvieran única y exclusivamente a las Sagradas Escrituras **(Busher, Religious Peace: or A Plea for Liberty of Conscience, 51)**.

Con pasos lentos, pero seguros, la deuda que se tiene con los Bautistas por su lucha en pro de las libertades religiosas está siendo reconocida. Dice Stoughton:

Los Bautistas estuvieron a la cabeza en la lucha por la libertad religiosa, y posiblemente a uno de ellos, Leonard Busher, ciudadano de Londres, pertenece el honor de haber presentado en este país el primer llamado, claro y preciso, a favor de la libertad de conciencia **(Stoughton, History of England, II. 232)**

Es un hecho que, desde el principio, los Bautistas estuvieron a favor de la libertad de conciencia para todos.

Libros para consulta:

Froude, History of England. 12 volúmenes.

Gilbert Burnet, History of the Reformation of the Church
Of England. 3 volúmenes.

J. H. Blunt, Reformation of the Church of England. 2 volúmenes.

Thomas Crosby, A History of the English Baptist. 2 volúmenes.

